

La Fe

NO. 107

**Sermón predicado la mañana del domingo 14 de diciembre de 1856,
Por CHARLES HADDON SPURGEON,
En Music Hall, Royal Surrey Gardens.**

***“Sin fe es imposible agradar a Dios.”
Hebreos 11:6.***

El Catecismo de la histórica Asamblea pregunta: “¿Cuál es el fin principal del hombre? y su respuesta es: “Glorificar a Dios y gozar de Él para siempre.” La respuesta es perfectamente correcta. Aunque también hubiera sido igualmente correcta si hubiera sido más corta. El fin principal del hombre es “agradar a Dios,” pues al hacerlo (no necesitamos afirmarlo, porque es un hecho fuera de toda duda), se agrada a sí mismo. El fin principal del hombre en esta vida y en la venidera, así lo creemos, es complacer a Dios su Hacedor. Si un hombre agrada a Dios, hace lo que más le conviene para su bienestar temporal y eterno. El hombre no puede agradar a Dios sin atraer hacia sí mucha felicidad, pues si alguien agrada a Dios, es porque Dios lo acepta como Su hijo.

Esto es así porque Él le otorga las bendiciones de la adopción, derrama en él la abundancia de Su gracia, lo bendice en esta vida y le asegura una corona de vida eterna, que él usará y que brillará con un lustre inagotable, aún cuando todas las guirnaldas de la gloria terrenal se hayan deshecho. Por el contrario, si un hombre *no* agrada a Dios, inevitablemente atrae hacia sí penas y sufrimiento en esta vida. Coloca gusanos y podredumbre en la puerta de todas sus alegrías. Llena su almohada mortuoria con espinas y aumenta el fuego eterno con carbones llameantes que lo van a consumir eternamente.

El hombre que agrada a Dios, mediante la Gracia Divina, va peregrinando hacia la última recompensa que espera a quienes aman y temen a Dios. Pero el hombre que desagrade a Dios tiene que ser desterrado de la presencia de Dios, y por consiguiente, del goce de la felicidad. Así lo dice la Escritura. Si estamos en lo cierto cuando declaramos que agradar a Dios es ser feliz, entonces la única pregunta importante es ¿cómo puedo agradar a Dios? Y hay algo muy solemne en lo que dice nuestro texto: “Sin fe es imposible agradar a Dios.”

Es decir, puedes hacer lo que quieras, esforzarte tanto como puedas, vivir de la manera más excelente que quieras, presentar los sacrificios que escojas, distinguirse como puedas en todo aquello que es honorable y de buena reputación; sin embargo nada de esto puede ser agradable a Dios a menos que lleve el ingrediente de la fe. Como dijo Dios a los judíos: “En toda ofrenda ofrecerás sal,” así Él nos dice a nosotros: “Con todo lo que

haces debes traer fe, pues de lo contrario, sin fe es imposible agradar a Dios.”

Esta es una antigua ley. Tan vieja como el primer hombre. Tan pronto como Caín y Abel vinieron al mundo y se convirtieron en hombres, Dios hizo una proclamación práctica de esta ley que “sin fe es imposible agradarle.” Caín y Abel, en un día muy soleado erigieron dos altares, uno junto al otro. Caín tomó de los frutos de los árboles y de la abundancia de la tierra y colocó todo sobre su altar. Abel trajo de los primogénitos del rebaño, poniéndolo sobre su altar. Se iba a decidir cuál de los dos sacrificios aceptaría Dios.

Caín había traído lo mejor que tenía pero lo trajo sin fe. Abel trajo su sacrificio, con fe en Cristo. Ahora, ¿cuál sería mejor recibido? Las ofrendas eran iguales en valor; en lo relativo a la calidad, eran igualmente buenas. ¿En cuál de esos altares descendería el fuego del cielo? ¿Cuál consumiría el Señor Dios con el fuego de Su agrado? Oh, veo que la ofrenda de Abel arde y que el semblante de Caín se ha decaído, pues a Abel y su ofrenda Jehová miró con agrado, pero no miró con agrado a Caín ni a su ofrenda.

Así será siempre, hasta que el último hombre sea reunido en el cielo. Nunca habrá una ofrenda aceptable que no esté sazonada con la fe. No importa qué tan buena sea, con la misma buena apariencia de aquella que tiene fe: sin embargo, a menos que la fe esté con ella. Dios nunca la aceptará pues Él declara: “Sin fe es imposible agradar a Dios.”

Voy a tratar de condensar mis pensamientos esta mañana y seré tan breve como sea posible siendo a la vez consistente con una explicación completa del tema. Primero voy a *exponer* lo que es la fe. En seguida voy a *argumentar* que sin fe es imposible ser salvo. En tercer lugar voy a *preguntar*: ¿Tienes tú la fe que agrada a Dios? Entonces vamos a tener una exposición, un razonamiento y una pregunta.

I. En primer lugar, LA EXPOSICIÓN. ¿Qué es la fe?

Los antiguos escritores, que eran sumamente sensatos, pues habrán notado que los libros que fueron escritos hace unos doscientos años por los viejos Puritanos, tienen más sentido en una sola línea que el que se encuentra en una página entera de nuestros libros actuales, y contienen más sentido en una sola página que todo el sentido que se puede encontrar en un volumen entero de nuestra teología actual. Los antiguos escritores nos dicen que la fe se compone de tres elementos: primero conocimiento, segundo asentimiento y luego lo que llaman confianza; es decir, apropiarse del conocimiento al cual le damos nuestro asentimiento y lo hacemos nuestro al confiar en Él.

1. Entonces empezamos por el principio. El primer elemento de la fe es el *conocimiento*. Un hombre no puede creer lo que no conoce. Ese es un axioma claro y evidente. Si yo nunca he escuchado nada acerca de algo en toda mi vida y no lo conozco, no puedo creerlo. Y sin embargo hay algunas

personas que tienen una fe como la del minero en una mina de carbón que, cuando le preguntaron en qué creía, respondió: “Yo creo en lo que cree la Iglesia.” “Y ¿qué es lo que cree la Iglesia?” El minero responde: “La Iglesia cree lo que yo creo.” “Te ruego me digas: ¿Qué creen la Iglesia y tú?” “Pues los dos creemos lo mismo.”

Este hombre no creía en nada excepto que la iglesia estaba en lo cierto, pero en *qué*, él no podía decirlo. Es inútil que un hombre afirme: “soy creyente” y sin embargo no sepa en qué cree. Yo he conocido a personas así. Se ha predicado un violento sermón que ha calentado la sangre. El predicador ha clamado: “¡Creed, creed, creed!” Y a las personas repentinamente se les ha metido en la cabeza que eran creyentes y han salido de la casa de oración exclamando: “soy creyente.”

Y si les preguntaran: “¿Díganme en qué creen?” no podrían dar una razón de la esperanza que hay en ellos. Ellos creen que tienen la intención de ir a la iglesia el siguiente domingo. Pretenden unirse a ese tipo de gente. Pretenden cantar con mucha emoción y tener delirios maravillosos. Como consecuencia de todo eso creen que serán salvos. Pero no pueden decir qué es lo que creen. Ahora, no creo en la fe de nadie a menos que conozca lo que cree. Si dice: “yo creo” y no sabe lo que cree, ¿cómo puede ser eso una fe verdadera? El Apóstol dijo: “¿Cómo creerán a aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no fueren enviados?”

Para que haya una fe verdadera, es necesario que un hombre sepa algo de la Biblia. Créanme, esta es una época en la que no se valora tanto la Biblia como antes. Hace unos cien años el mundo estaba saturado de intolerancia, crueldad y superstición. La humanidad siempre corre de un extremo al otro y ahora nos hemos ido al otro extremo. En aquella época se decía: “Sólo una fe es la verdadera, suprimamos todas las demás por medio del tormento y la espada” Ahora se dice, “no importa que nuestros credos se contradigan, todos son válidos.”

Si usáramos el sentido común sabríamos que esto no es así. Pero algunos responden: “tal y tal doctrina no debe ser predicada y no debe creerse.” Entonces, amigo mío, si no requiere ser predicada, no necesitaba ser revelada. Tú impugnas la sabiduría de Dios cuando afirmas que una doctrina no es necesaria; pues equivale a decir que Dios ha revelado algo que no es necesario; y Dios no sería tan sabio haciendo ya sea más de lo necesario, o menos de lo necesario. Nosotros creemos que los hombres deben estudiar toda doctrina que viene de la Palabra de Dios y que su fe debe basarse en la totalidad de las Sagradas Escrituras, especialmente en todo lo relativo a la Persona de nuestro siempre bendito Redentor.

Debe existir un cierto grado de conocimiento antes de que pueda haber fe. “Escudriñad las Escrituras,” pues, “porque a vosotros os parece que en ellas tenéis vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de Cristo.” Co-

mo resultado de escudriñar y *de leer* viene el *conocimiento*, y por el *conocimiento* viene la *fe* y por la *fe* viene la *salvación*.

2. Pero un hombre puede saber algo y sin embargo puede no tener fe. Puede saber algo y no creer en ello. Por consiguiente, el *asentimiento* debe acompañar a la fe; esto es, debemos creer lo que conocemos y tener la certeza que es la verdad de Dios. Ahora, para tener fe, no solo basta que yo lea las Escrituras y las entienda, sino que debo recibirlas en mi alma como la propia verdad del Dios viviente. Y con devoción y con todo mi corazón debo recibir todas las Escrituras como inspiradas por el Altísimo, conteniendo toda la doctrina que Él requiere que yo crea para mi salvación.

No está permitido dividir las Escrituras y creer sólo aquello que te parezca bien. No se te permite creer las Escrituras a medias, pues si lo haces a propósito, no tienes la fe que únicamente ve a Cristo. La fe verdadera da su total asentimiento a las Escrituras. Toma una página y dice “no importa lo que se encuentre en esta página, yo creo en ella.” Pasa al siguiente capítulo y dice: “Aquí hay algunas cosas difíciles de entender que los indoctos y los inconstantes tuercen, tal como lo hacen con el resto de las Escrituras, para su perdición. Pero por muy difíciles que sean, yo creo en ellas.”

Considera la Trinidad. No puede entender la Trinidad en Unidad pero cree en ella. Ve el Sacrificio de expiación. Hay algo difícil en ese concepto pero lo cree. Y sea lo que sea que esté contenido en la revelación, besa el libro con devoción y dice: “lo amo todo, doy mi pleno, sincero y libre asentimiento a cada una de sus palabras, así sea una amenaza o una promesa, un proverbio, un precepto, o una bendición.” Como todo es Palabra de Dios, todo es absolutamente verdadero. Eso es lo que creo. Todo aquel que quiera ser salvo debe conocer las Escrituras y debe darles su total asentimiento.

3. Pero un hombre puede tener todo esto y sin embargo no tener la fe verdadera. Pues lo principal de la fe radica en el tercer elemento, es decir, en la *confianza* en la Verdad. No en creerla simplemente pero en hacerla nuestra y en descansar en ella para salvación. Reposar en la verdad era la palabra que utilizaban los viejos predicadores. Comprenderás esta palabra, apoyándose en ella, diciendo: “Esta es la Verdad, a ella confío mi salvación.” Ahora, la fe verdadera, en su esencia misma se basa en esto: en apoyarse en Cristo. No me salvará si solamente sé que Cristo es un Salvador. Pero me salvará si *confío* en Él para que *sea mi* Salvador.

No seré librado de la ira venidera creyendo que Su expiación es suficiente, pero sí seré salvo cuando haga de esta expiación mi confianza, mi refugio y mi todo. La esencia, *la esencia* de la fe radica en esto: arrojarse uno sobre la promesa. El salvavidas que permanece a bordo de un barco no puede ser el instrumento de salvación del hombre que se está ahogando, ni tampoco la convicción que el salvavidas es un excelente y un efecti-

vo invento puede salvarlo. ¡No! Es necesario que lo tenga alrededor de sus lomos, o en sus manos. De otra manera se hundirá.

Para usar un viejo y conocido ejemplo: supongamos que el aposento alto de una casa se está incendiando. La gente se arremolina en la calle. Una criatura se encuentra en la habitación en llamas. ¿Cómo escapará? No puede saltar hacia abajo: moriría de inmediato. Un hombre fornido exclama: “¡Salta a mis brazos!” Una parte de la fe es creer que el hombre está allí, y otra parte de la fe es creer que el hombre es lo suficientemente fuerte para sostenerlo. Pero la esencia de la fe radica en arrojarse a los brazos de ese hombre. Esa es la *prueba* de la fe y su verdadera esencia.

Entonces, pecador, debes saber que Cristo murió por el pecado. Debes comprender que Cristo puede salvar y además debes creer que no serás salvo mientras no confíes en que Él es tu Salvador y que lo es para siempre. Como dice Hart en su himno, que realmente expresa el evangelio—

**“Confía en Él, confía plenamente,
No confíes en ningún extraño.
Nadie sino sólo Jesús
Puede hacer bien al pecador desamparado.”**

Esta es la fe que salva. Y sin importar qué tan impía haya sido tu vida hasta ahora, esta fe, si te es dada en este momento, borrará todos tus pecados, cambiará tu naturaleza y te hará un hombre nuevo en Cristo Jesús. Te conducirá a vivir una vida santa y hará tu salvación eterna tan segura como si un ángel te llevara esta mañana en sus resplandecientes alas y te transportara de inmediato al cielo. ¿Tienes tú esa fe? Esta es una pregunta de suma importancia. Pues mientras que con fe los hombres son salvos, sin fe son condenados.

Como ha dicho Brooks en uno de sus admirables trabajos: “Aquél que cree en el Señor Jesucristo será salvo, aun si sus pecados son muchos. Pero aquél que no cree en el Señor Jesús será condenado, aun si sus pecados son pocos. ¿Tienes tú fe? Pues el texto declara “Sin fe es imposible agradar a Dios.”

II. Ahora llegamos al ARGUMENTO: *por qué* sin fe, no podemos ser salvos.

Pues bien, hay algunos caballeros aquí presentes que dicen: “Ahora veremos si el señor Spurgeon posee algo de lógica. No, señores, no lo harán, porque nunca he pretendido ejercitarla. Espero tener la lógica que pueda hablar al corazón de los hombres. No me inclino a usar la lógica mental que es mucho menos poderosa si puedo ganar el corazón de los hombres de otra manera. Pero si fuera necesario, no me daría miedo demostrar que conozco más de lógica y de muchas otras cosas que los hombrecillos que se toman la molestia de censurarme. Sería bueno si supieran controlar sus lenguas, pues esto es al menos, una parte fina de la retórica.

Mi argumento será tal que confío en hablar al corazón y a la conciencia, aunque no agrade exactamente del todo a aquellos que gustan de los silogismos—

**“Quién pudiera dividir un cabello, partiéndolo
Entre su lado oeste y su lado noroeste.”**

1. “Sin fe es imposible agradar al Dios.” Nunca ha habido un caso registrado en la Escritura, de alguien que haya agradado a Dios sin fe. El capítulo 11 del Libro de Hebreos es el capítulo de los hombres que agradaron a Dios. Escuchen sus nombres: “Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio.” “Por la fe Enoc fue traspuesto.” “Por la fe Noé preparó el arca.” “Por la fe Abraham obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia.” “Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida.” “Por la fe Sara dio a luz a Isaac.” “Por fe ofreció Abraham a Isaac.”

“Por fe Moisés rehusó los tesoros de los egipcios.” “Por fe bendijo Isaac a Jacob.” “Por fe Jacob bendijo a cada uno de los hijos de José.” “Por fe José, moribundo, se acordó de la partida de los hijos de Israel.” “Por fe pasaron el Mar Rojo como por tierra seca.” “Por fe cayeron los muros de Jericó.” “Por fe Rahab la ramera no pereció.” “¿Y qué más digo? Porque el tiempo me faltaría contando de Gedeón, de Barac, de Sansón, de Jefte, de David, así como de Samuel y de los profetas.”

Todos estos fueron hombres de fe. Otros que son mencionados en la Escritura, también hicieron algo. Pero Dios no los aceptó. Algunos hombres se han humillado y sin embargo Dios no los ha salvado. Así lo hizo Acab, pero sus pecados no fueron perdonados nunca. Muchos hombres se han arrepentido y sin embargo no han sido salvos, porque su arrepentimiento no fue correcto. Judas se arrepintió, fue y se ahorcó y sin embargo no fue salvo. Algunos hombres han confesado sus pecados y no han sido salvos. Saúl lo hizo. Le dijo a David: “He pecado, hijo mío, David.” Y sin embargo continuó como antes.

Multitudes han confesado el nombre de Cristo y han hecho muchas cosas maravillosas y sin embargo nunca agradaron a Dios, por esta sencilla razón: no tuvieron fe. Y si no hay ni uno sólo mencionado en la Escritura, que es la historia de unos cuatro mil años, no parece probable que en los otros dos mil años de la historia de la humanidad hubiese habido uno, cuando no hubo ni uno sólo en los primeros cuatro mil años.

2. El siguiente argumento es que *la fe es la gracia que somete* y no hay nada que pueda hacer que un hombre se someta sin fe. Ahora a menos que una persona se humille, su sacrificio no puede ser aceptado. Los ángeles lo saben. Cuando adoran a Dios lo hacen cubriendo sus rostros con sus alas. Los redimidos lo saben. Cuando alaban a Dios arrojan sus coronas a Sus pies. El hombre que no tiene fe da pruebas que no puede inclinarse. Por esta razón es que no tiene fe: porque es demasiado orgulloso para creer. El declara que no someterá su mente, que no se convertirá en un niño creyendo mansamente lo que Dios le dice que debe creer.

Él es demasiado orgulloso y no puede entrar al cielo, porque la puerta del Cielo es tan baja que nadie puede pasar por ella a menos que incline la cabeza. Nunca hubo un hombre que pudiese caminar de manera erecta hacia la salvación. Debemos ir hacia Cristo de rodillas. Pues aunque Él es una puerta lo suficientemente grande para que el mayor de los pecadores pueda entrar, Él es una puerta tan baja que los hombres tienen que inclinarse si quieren ser salvos. Por eso es que la fe es necesaria, pues la incredulidad es una evidencia cierta de falta de humildad.

3. Y ahora más razones. La fe es necesaria para la salvación porque la Escritura nos enseña que *las obras no pueden salvar*. Les contaré una historia muy conocida para que el más sencillo de mis lectores pueda entender lo que digo: un ministro salió a predicar un día. Subió una colina que se encontraba en su camino. Al pie de esa colina se desplegaban unos pueblos, adormecidos en su belleza, rodeados de dorados cultivos inmóviles bañados por el sol. Pero él no los pudo ver pues su atención se concentró en una mujer que se encontraba a la puerta de una casa que, al verlo, se acercó a él muy ansiosa y le dijo: “Señor, ¿tiene usted alguna llave que pudiera prestarme? Se me rompió la llave de mi armario, donde hay cosas que necesito urgentemente.”

Él ministro respondió: “No traigo ninguna llave.” La señora se sintió frustrada pues pensaba que todo el mundo debía traer llaves consigo. “Pero aun suponiendo,” dijo el ministro, “que tuviera unas llaves, podría ser que no funcionaran en su cerradura y por tanto no podría sacar los objetos que quiere. Pero no se desespere, alguien vendrá con una llave. Pero,” dijo él, tratando de aprovechar la ocasión, “¿alguna vez ha oído hablar acerca de la llave del Cielo?” “Pues sí” dijo ella, “he vivido lo suficiente y he asistido a la iglesia lo suficiente para saber que si trabajamos duro, si conseguimos el pan mediante el sudor de nuestra frente y si actuamos de manera correcta con nuestro prójimo. Si nos comportamos como dice el Catecismo, con humildad y reverencia hacia nuestros superiores y si cumplimos con nuestro deber en el lugar de la vida en que Dios ha querido colocarnos y si oramos con regularidad, seremos salvos.”

“Ah,” dijo el ministro, “Mi buena señora, esa es una llave rota, pues usted ha quebrantado los Mandamientos, no ha cumplido con sus obligaciones. Es una buena llave pero usted la ha roto.” “Le ruego, señor” dijo ella, creyendo que él entendía el asunto y sintiéndose asustada, “¿Qué he omitido?” Dijo él: “pues lo más importante de todo. La sangre de Jesucristo. ¿Acaso no sabe usted, que la llave del reino se encuentra en Su cinturón? Él abre y nadie cierra. Y Él cierra y nadie abre.” Y explicándole más claramente, dijo: “Es Cristo y sólo Cristo Quien puede abrir la puerta del Cielo para usted. No sus buenas obras.”

“¿Qué?” dijo ella, “¿son acaso inútiles nuestras buenas obras?” “No,” dijo él “no *después* de la fe. Si usted primero cree, usted podrá tener tantas buenas obras como quiera. Pero si usted cree, nunca confiará en ellas.

Pues si confiara en las buenas obras las habría corrompido y ya no serían buenas obras. Tenga tantas buenas obras como quiera, pero deposite su confianza en nuestro Señor Jesucristo. Si no lo hace así, su llave nunca abrirá la puerta del Cielo.”

4. Pues bien, queridos lectores, debemos tener fe verdadera, porque la vieja llave de las buenas obras está tan dañada por todos nosotros que nunca podremos entrar al Paraíso utilizando esa llave. Si alguno de ustedes pretende no tener pecado, lo diré con sinceridad, se engaña a sí mismo y la Verdad no está en él. Si ustedes piensan que mediante sus buenas obras van a entrar al Cielo, no podrían estar más engañados. En el último gran día ustedes se darán cuenta que sus esperanzas no valían nada y que como las hojas secas de los árboles en otoño, el viento se llevará todas sus buenas obras. O serán quemadas por las mismas llamas que ustedes deberán sufrir eternamente. ¡Cuidense de sus buenas obras! Háganlas *después* de la fe y recuerden, *el camino a la salvación es simplemente creer en Jesucristo.*

Otra vez: sin fe es imposible ser salvos y agradar a Dios porque sin fe *no hay unión con Cristo.* Y la unión con Cristo es indispensable para nuestra salvación. Si yo llego ante el Trono de Dios con mis oraciones, nunca serán contestadas a menos que lleve a Cristo conmigo. Los habitantes de un antiguo reino (los molosos), cuando no podían obtener un favor de su rey, empleaban un método muy singular. Tomaban al único hijo del rey en sus brazos y cayendo de rodillas, exclamaban: “Oh, rey, por tu hijo, concédenos lo que te pedimos.”

Él rey sonreía y decía: “¡No niego nada a aquellos que me piden algo en nombre de mi hijo!” Así es con Dios. Él no negará nada al hombre que viene del brazo de Cristo. Pero si viene sólo, será echado fuera. La unión con Cristo es, después de todo, el principal punto de la salvación. Permítanme contarles una historia para explicar esto: las estupendas Cataratas del Niágara son famosas en todas partes del mundo. Y aunque es maravilloso escuchar su estruendo y son un magnífico espectáculo, han sido sumamente peligrosas para la vida humana, especialmente cuando de manera accidental alguien es arrastrado por sus aguas.

Hace algunos años, dos hombres, un lanchero y un obrero de las minas de carbón, iban en un bote y fueron arrastrados de manera vertiginosa por la corriente y ambos inevitablemente caerían al abismo y serían despedazados. Unas personas en la orilla los vieron pero nada podían hacer para rescatarlos. Finalmente, a uno de los dos hombres le lanzaron una cuerda, a la cual él se aferró. En el mismo instante en que la cuerda llegó a su mano, un tronco pasó flotando cerca del otro hombre. El imprudente y confundido barquero en vez de tomar la cuerda que ya tenía su compañero, se agarró del tronco. Fue un error fatal. Ambos estaban en peligro inminente pero el compañero fue arrastrado a la orilla porque pudo sujetarse a la cuerda que las personas que estaban en tierra firme sostenían,

mientras que el otro, asido al tronco, fue arrastrado irremediablemente y nunca más se supo de él.

¿No ven en esto una ilustración práctica? La fe nos une a Cristo. Cristo está en la orilla, sosteniendo la cuerda de la fe y si nosotros nos aferramos a ella con la mano de la confianza, Él nos sacará a la orilla. Pero nuestras buenas obras sin ningún vínculo con Cristo son arrastradas hacia el abismo de la más terrible desesperación. No importa que tan fuerte nos agarremos a esas obras, aún con garfios de acero, no nos podrán salvar en lo más mínimo. Seguramente han visto lo que quiero mostrarles. Algunos ponen objeciones a las anécdotas. Yo las seguiré usando hasta que se cansen de poner objeciones.

La verdad nunca es proclamada con más poder a los hombres que cuando se les dice, como Cristo lo hizo, una historia de cierto hombre con dos hijos, o la de cierto propietario que salió de viaje y dividió su fortuna y dio a uno diez talentos y al otro uno. La fe entonces, es la unión con Cristo. Traten de alcanzarla. ¡Pues si no, aferrados a sus obras se los llevará la corriente! ¡Abrácense a sus obras y se hundirán en el abismo! ¡Perdidos porque sus obras no están unidas a Cristo y no tienen vínculo alguno con el bendito Redentor!

Pero tú, pobre pecador, cargado con todo tu pecado, si la cuerda rodea tu cuerpo y Cristo la sostiene, no temas—

**“Su honor está comprometido a salvar
A la peor de sus ovejas.
Todo lo que Su Padre Celestial le dio
Sus manos ciertamente sujetarán.”**

5. Sólo un argumento más y habré terminado. “Sin fe es imposible agradar a Dios.” Porque *sin fe es imposible perseverar en la santidad.*

¡Qué multitud de cristianos de conveniencia tenemos hoy en día! Muchos cristianos se parecen a algunos habitantes del mar, que en buen clima navegan en la superficie del mar en un espléndido escuadrón, como los poderosos barcos. Pero en el mismo instante en que el viento forma olas, bajan las velas y se hunden en las profundidades.

Muchos cristianos actúan de esa manera. En buena compañía, en los salones evangélicos, en hogares cristianos, en salones píos, en las capillas y en las sacristías, son tremendamente religiosos. Pero si se les expone a un poco de ridículo, si alguien se ríe burlonamente y les llama Metodistas, Presbiterianos, o algo parecido, ahí se acaba su religión hasta el próximo día bueno. Después cuando el día es agradable otra vez y la religión les útil para sus propósitos, nuevamente despliegan las velas y vuelven a ser piadosos como antes.

Créanme, ese tipo de religión es peor que la falta de religión. Aprecio mucho a un hombre que es cabal: un hombre íntegro. Y si algún hombre no ama a Dios, no le permitan que diga que sí lo ama. Pero si es un verdadero cristiano, un seguidor de Jesús, que lo diga y que lo mantenga. No

hay por qué avergonzarse de ello. De lo único que debemos avergonzarnos es de la hipocresía. Seamos honestos cuando profesemos nuestras creencias y eso será nuestra gloria. ¿Ah, qué harían sin fe en tiempos de persecución? ¿Ustedes gente buena y piadosa sin fe, qué harían si la horca fuera levantada nuevamente en Smithfield y si una vez más la hoguera consumiera a los santos convirtiéndolos en cenizas?

¿Qué harían si abrieran nuevamente la cárcel para los Lolardos, esos antiguos reformadores? ¿O si los instrumentos de tortura fuesen usados nuevamente? ¿Qué harían si el cepo fuese utilizado, como ya ha sido usado por una iglesia Protestante en el pasado, dando testimonio de esto la persecución en contra de mi predecesor Benjamín Keach, que fue puesto en el cepo en Aylesbury por escribir un libro sobre el bautismo infantil? ¡Aun si la forma más benigna de persecución reviviese, cómo se dispersaría la gente hacia todas partes! Y algunos pastores abandonarían sus rebaños.

Una anécdota más, que confío les haga ver la necesidad de la fe, y que me conduce a la última parte de mi discurso. Una vez, un americano que poseía esclavos, en ocasión de la compra de un esclavo, le preguntó al vendedor: “Dígame honestamente cuáles son sus defectos.” El vendedor respondió: “No tiene ningún defecto que yo sepa, excepto uno, y es que ora.” Ah,” exclamó el comprador, “eso no me gusta, sé de algo que lo curará muy pronto de ese mal.”

Así que a la siguiente noche Cuffey (así se llamaba el esclavo) fue sorprendido en la plantación por su nuevo amo mientras oraba pidiendo por su nuevo dueño, su esposa y su familia. El hombre escuchó y por el momento no dijo nada. Pero a la mañana siguiente llamó a Cuffey y le dijo: “No quiero discutir contigo, hombre, pero no aceptaré oraciones en mi propiedad. Así que abandona esa práctica.” “Mi amo,” respondió él esclavo, “No puedo dejar de orar. Yo debo orar.” “Si insistes en orar te enseñaré a hacerlo.”

“Mi amo, debo continuar haciéndolo.” “Bien, entonces te daré veinticinco azotes cada día, hasta que dejes de hacerlo.” “Mi amo, aunque me azotes cincuenta veces, debo orar.” “Pues si con esa insolencia respondes a tu amo, los recibirás de inmediato.” Así que atándolo, le propinó veinticinco azotes y le preguntó si iba a orar de nuevo. “Sí, mi amo, debemos orar siempre, no podemos dejar de hacerlo.” El amo lo miró asombrado. No podía entender cómo un pobre hombre podía continuar orando, cuando parecía no hacerle ningún bien y sólo le traía persecución. Le contó a su esposa lo sucedido.

Su esposa le dijo: “¿Por qué no permites que el pobre hombre ore? Cumple muy bien con su trabajo. A ti y a mí no nos interesa el tema de la oración, pero no hay nada de malo en dejarlo orar, sobre todo si continúa haciendo bien su trabajo.” “Pero a mí no me gusta,” respondió el amo. “Me he espantado tremendamente. ¡Si hubieras visto cómo me veía!” “¿Estaba

enojado?” “No, eso no me hubiera molestado. Pero después de haberlo azotado, me miró con lágrimas en los ojos como si tuviera más lástima de mí que de él mismo.” Esa noche el amo no pudo dormir. Daba vueltas en la cama de un lado a otro. Recordó sus pecados.

Recordó que había perseguido a un santo de Dios. Saltando de su cama exclamó “¿Esposa, puedes orar por mí?” “Nunca he orado en mi vida” respondió ella, “No puedo orar por ti.” “Estoy perdido,” dijo él, “si alguien no ora por mí. Yo no puedo orar por mi mismo.” “No conozco a nadie en la plantación que sepa orar, excepto a Cuffey,” dijo la esposa. Hicieron sonar la campana y trajeron a Cuffey. Tomando la mano de su sirviente negro, el amo dijo: “Cuffey, ¿puedes orar por tu amo?” “Mi amo” respondió el esclavo, “he estado orando por ti desde que mandaste azotarme y tengo la intención de seguir haciéndolo siempre.”

Cuffey se arrodilló y derramó su alma en lágrimas y tanto la esposa como el marido fueron convertidos. Ese negro no hubiera podido hacer esto sin fe. Sin fe no hubiera podido sostener su decisión, y hubiera exclamado: “Mi amo, en este momento dejo de orar. No me gusta el látigo del hombre blanco.” Pero debido a que perseveró por su fe, El Señor lo honró y le dio el alma de su amo en recompensa.

III. Y ahora como conclusión, LA PREGUNTA, la pregunta vital. Querido lector: ¿tienes fe? ¿Crees en el Señor Jesucristo con todo tu corazón? Si es así puedes confiar en que eres salvo. Sí, puedes concluir con absoluta certeza que nunca verás la perdición. ¿Tiene fe? ¿Te ayudo a responder esta pregunta? Voy a someterte a tres pruebas, por cierto muy breves, para que no te canses, y luego nos despedimos.

Quien tiene fe ha renunciado a su justicia propia. Si pones un átomo de confianza en ti mismo no tienes ninguna fe. Si pones una partícula de confianza en cualquier otra cosa que no sea la obra de Cristo, no tienes fe. Si confías en tus obras, estas obras son anticristo y Cristo y el anticristo no pueden estar juntos. Para Cristo es todo o nada. Él debe ser el Salvador suficiente o no lo será en lo absoluto. Si tienes fe, entonces puedes decir—

***“Nada traigo en mis manos,
Simplente a la Cruz me aferro.”***

La fe verdadera puede ser reconocida por esto: expresa una gran estimación por la Persona de Cristo. ¿Amas a Cristo? ¿Darías tu vida por Él? ¿Buscas servirle? ¿Amas a Su pueblo? Puedes decir:

***“Jesús amo tu nombre encantador,
Es música para mi oído.”***

Oh, si no amas a Cristo, no crees en Él. Pues creer en Cristo engendra amor. Y aún más: aquél que tiene fe verdadera tendrá *sumisión* verdadera. Si un hombre dice tener fe y no tiene obras, miente. Si alguien declara que cree en Cristo y no vive una vida santa, miente.

Pues aunque no confiamos en las buenas obras, sabemos que la fe siempre engendra buenas obras. La fe engendra la santidad. Y no se tiene al que engendra si no se ama al hijo. Las bendiciones de Dios son dadas con ambas manos, son dobles. Con una mano Él otorga el perdón. Con la otra mano siempre da la santidad. Y ningún hombre puede tener una bendición sin la otra.

Y ahora, mis queridos lectores, ¿me debo poner de rodillas e implorarles en el nombre de Cristo que conteste cada quien esta pregunta en el silencio de su habitación: Tienes fe? Oh, responde: ¿sí o no? Por favor, no digas “no sé” o “no me importa.” Ah, te va importar un día, cuando la tierra tiemble y el mundo se sacuda de un lado a otro. Te importará cuando Dios te llame a juicio y condene a los incrédulos y a los impíos. Oh, que fueras sabio; que te importara ahora y si alguno de ustedes siente que necesita a Cristo, se lo ruego, en el nombre de Jesús, que busque la fe en Él que es exaltado en las alturas, para dar arrepentimiento y remisión de los pecados y quien, si te ha dado el arrepentimiento, también te dará la remisión de los pecados.

¡Oh, pecadores que conocen sus pecados! “Crean en el Señor Jesús y serán salvos.” Descansen en Su amor y en Su sangre, en Su obra y en Su muerte, en Sus sufrimientos y en Sus méritos. Y si lo hacen así, no caerán jamás sino que serán salvos ahora y serán salvos en ese gran día cuando no ser salvo será terrible en verdad.

“Convertíos, convertíos; ¿por qué moriréis, casa de Israel?” Descansen en Él, toquen el borde de su manto y serán salvos. Que Dios los ayude a hacerlo así. Por Cristo nuestro Señor. Amén, Amén.

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermon #107 – Volumen 3

Faith